FILOSOFÍA
DE LA
MASONERÍA

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA E HISTORIA

MGR. LEÓN MEURIN, S. J.
ARZOBISPO-OBISPO DE PORT-LOUIS

FILOSOFÍA
DE LA
MASONERÍA

TRADUCCIÓN
DE
M. C. B.

NOS
MADRID
2006



Guadalajara.—Imp. del Suc. de N. de Pablo. —Pza. de González Hierro, 4.
Décima Edición.

ARA poder comprender la presente obra de Mgr. León Meurin, el sabio jesuita y Arzobispo-obispo de Port-Louis, es necesario conocer o recordar bien la famosa Encíclica Humanum genus*, del santo y sapientísimo Pontífice León XIII, de la cual es el mejor despliegue filosófico y erudito que haya escrito nadie sobre la esencia metafísica —satánica— de la Masonería. Si en otras obras de prelados, como la de Mgr. Fava, Iuin y tantos más, llegando a la del eminentísimo Cardenal Caro, Arzobispo de Santiago de Chile, el esencial aspecto es tocado con sapiencia, otros aspectos señalados por la Encíclica en la Masonería constituyen su objetividad principal; sin duda por ser insupe-rable la dialéctica, erudición y encendido y apostólico valor de que en esta obra da testimonio la iluminada mente de su preclaro autor, que, como él titulara su obra total, demuestra que la Masonería es la* Sinagoga de Satanás.

MAURICIO CARLAVILLA.

«Todos nuestros secretos masónicos están impenetrablemente ocultos tras símbolos.»

(Enseñanza oficial del grado 33.)

INTRODUCCIÓN

1.-El número masónico «treinta y tres», en las antiguas religiones paganas.

Los grados de la Masonería son treinta y tres, como todo el mundo sabe.

Y, estudiando los textos de los *Vedas* indios, hemos hallado el siguiente fragmento:

«¡Oh, dioses que, en número de once, moráis en los cielos; que en número de once estáis sobre la tierra, y que, en número de once, habitáis con gloria en medio de los aires: que nuestro sacrificio sea grato!»(1).

El *Atarva-Veda,* enseña que en el Prajapati (Brahma) se hallan contenidos, como miembros, *treinta y tres* espíritus *(trayas-trinschad devah).*

El *Zend-Avesta,* libro sagrado de los antiguos Persas, contiene el siguiente trozo:

«¡Que los *treinta y tres* Amscaspands (Arcángeles), y Ormazd sean puros y victoriosos!»(2).

Asimismo, podemos leer en el *Yaçna.* v. 33**:** «Invito y honro a todos los señores de la pureza: los *treinta y tres* más próximos en torno a Havani (el Oriente), a los más puros, a quienes Ahura-Mazda (Or-

(1) *Rig-véda, Adhyaya*, II. *Anuvaka,* XX. *Sukta*, IV, v. XX 11.
(2) Kordah-Avesta, III.

mazd) ha instruído, Zarathustra (Zoroastro) anunciado».

Este número misterioso de *treinta y tres,* al que en parte alguna podíamos hallar explicación, parecía indicarnos una conexión entre los misteriosos de la antigüedad pagana, y la Masonería que merecía estudiarse, e incluso prometía el descubrimiento de los secretos más ocultos de esta sociedad tenebrosa.

Y no nos hemos engañado.

2.-El número treinta y tres en la Masonería.

Los primeros once grados de la Masonería, como veremos más adelante, están destinados a transformar al «Profano», en «Hombre verdadero», en el sentido masónico; la segunda serie, que va del grado 12 al 22 debe consagrar al Hombre «Pontífice judío»; y la serie tercera del grado 23 al 33, ha de consagrar al Pontífice «Rey judío» o «Emperador kabalístico».

Los judíos, jefes secretos de la Masonería, han sido extremadamente circunspectos en lo que toca a revelar los secretos de la organización de su sociedad secreta.

Podríamos citar como ejemplo a Francia, que en 1722 no conocía aún sino los tres primeros grados, en los que, no obstante, está contenida en germen toda la doctrina masónica. En 1738, este número fue duplicado; en 1738, creció hasta dos series de once, más los tres primeros grados de la tercera serie, o sea un total de 25 grados. Los ocho que faltaban para un sistema perfecto, no fueron agregados hasta 1802, cuando ya los tenebrosos trabajos de las logias habían dado los frutos esperados, y la sangre humana había corrido a raudales.

Paul Rosen, que fue masón del grado 33, nos da la descrip-ción de la apertura de las sesiones del Consejo Supremo del grado 33[1]. Y dice así:

«Un Consejo Supremo debe estar compuesto por nueve Soberanos Grandes Inspectores Generales, como mínimo, y *treinta y tres* como máximo. *Nueve* porque al ser esta cifra la última de las simples, indica el fin de todas las cosas; *treinta y tres,* porque el primer Consejo Supremo se reunió en Charleston, a los 33 grados de latitud norte,

(1) *Satán*: p. 219 (Tourmai, 1888).

el 31 de mayo de 1801, quedando constituído bajo la presidencia de Isaac Long, hecho Inspector General por Moisés, quien había recibido su grado de Spitzer, Hayes, Franken y Morin. Este lo poseía desde el 27 de agosto de 1762, en que le fuera conferido por el príncipe de Rohan, y otros nueve masones del Rito de Perfección, que le habían encargado establecer en todas las partes del mundo la Potente y Sublime Masonería».

Las autoridades masónicas, como Findel[1] y Clavel[2], declaran que el judío Morin no tenía licencia para establecer sino 25 grados, y que la publicación de los ocho últimos no se remonta más allá de 1801, mas ésto se dice para desviar a los espíritus demasiado curiosos; el sistema masónico exige, abso-lutamente, 33 grados.

En el Catecismo del Maestre, según el Rito Francés, leemos[3]: «La Asamblea general, reunida anualmente en sesión, e investida del poder legislativo, fija la ley que nos rige y regula y los intereses comunes de la institución. En su ausencia, los asuntos corrientes son administrados por una Comisión conocida por el nombre de Consejo de la Orden, y compuesta por *treinta y tres* miembros elegidos por la Asamblea General».

Los misterios de la masonería, hállanse ocultos en su mayor parte por leyendas, emblemas, insignias, palabras sagradas, etc.

La «Cámara Negra», por la que debe pasar el que recibe el grado de Rosa-Cruz, está alumbrada por *treinta y tres* luces, dispuestas en *tres* candelabros de *once* brazos[4].

El Rito de Misraim (Egipcio) comprende 33 grados simbó-licos, 33 grados filosóficos, 11 grados místicos y 13 grados kabalísticos.

Basta por el momento con comprobar, en dicho rito, la repetición del número 33, el número 11, y, lo que aún nos llevará más dentro de los misterios, la abierta profesión de la Kábala judía.

3.-El número once de la Kábala judía.

(1) *Geschichte der Fraimaurerei*: p. 847 —Die Ordenslüge des schottischen Ritus der 33 Grade. *Histoire de la Franc-maçonerie*: le Mensonge de I' Ordre regardant le rite écossaís de 33 degrés.
(2) Histoire pittoresque de la Franc-maçonerie: pag. 100 3.ª Ed. 1844.
(3) Leo Taxil: Les Fréres Trois-Points: II vol. p. 126.
(4) Leo Taxil: Les Mystéres de la Franc-maçonerie: p. 279.

Dirijamos la atención, ya que acabamos de nombrar la Kábala, sobre esta doctrina filosófica de los judíos heterodoxos.

También en ella encontramos el número *once* y, con éste, la clave de los misterios masónicos. Bástenos, por el momento, con hacer constar que el *Ensoph* (Infinito) es, según la doctrina de la Kábala judía, la fuente de que proviene todo lo que ha existido, existe y existirá por toda la eternidad. De ella emana, en primer término un trío: La *Corona*, la *Sabiduría* y la *Inteligencia*, cono-cidas por los *Sephiroth* (números) superiores; en segudo lugar, hay otros siete *Sephiroth* que, con los tres superiores, constituyen el Hombre Primordial *(Adam Kadmon).* El *Ensoph* y los siete *Sephiroth* componen «en el cielo», el famoso número *once* que se repite en la esfera de los espíritus que habitan «en medio de los aires», tanto como en el mundo material, «sobre la tierra», completando de este modo el número de treinta y tres.

Los kabalistas, estiman en mucho los números, sobre todo el *once.* Un fragmento contenido en su libro principal, «Zohar» (Luz) se tilula «Idra Raba», es decir, «La Gran Asamblea», porque comprende los discursos dirigidos por *Simón-ben-Jochai* a todos sus discípulos, que eran en número de diez; de este modo el Maestro representaba al Ensoph entre los diez Sephiroth [(1)].

4.-El número once en las insignias masónicas.

Ha bastado para estar seguros de que nos hallábamos en el verdadero camino que había de conducirnos a los misterios más recónditos de la Masonería con descubrir el *Ensoph,* con los diez *Sephiroth* y la *Corona* a la cabeza, en las insignias masónicas.

En las «Grandes Constituciones» del Rito escocés, artículo 66, se halla la descripción de la insignia a que tienen derecho los miembros en la Gran Logia Central:

«Llevan un cordón en aspa de blanco *moirè,* de una longitud de *diez a once centímetros,* adornada por un lacito de oro, de *cinco*, milímetros a cada lado; en la punta hay una roseta de color amapola.

---

(1) Franck: La Kabbale: p. 126; nota.

De este cordón va suspendida una alhaja formada por tres triángulos entrelazados, rematados por una *Corona.* Esta alhaja debe ser de oro, o dorada».

Los tres triángulos entrelazados, representan a los nueve Sephiroth que emanan de la Corona, que les remata y completa el número de diez.

El cordón blanco de diez centímetros representa a los mismos diez Sephiroth. Se habla de «diez a once centímetros», a fin de que quede espacio para añadir la orla.

Esta orla de oro, de medio centímetro por cada lado, completa los *once* centímetros, y representa al Ensoph (Infinito) que abarca toda la creación, o bien, para decirlo más exactamente, toda emanación mediante las cuales se revela.

La roseta en la punta del cordón representa el pensamiento, o, mejor dicho, la acción fecunda del Infinito por la cual se revela el Universo.

El cordón que llevan los Maestros del 3.er grado es azul *moirè*, de un largo de *once* centímetros; el de los «Maestros Secretos» del grado 4 es también azul, pero con ribete negro y de la misma longitud.

La diferencia de los colores en los grados 4 y 33, indica otra idea: tan sólo en el grado 33 se llega a obtener lo que en el grado 4 se llora aún como perdido.

En el grado 29 hay siete signos, tres contactos y un contacto general, que significan los siete Sephiroth inferiores, los tres superiores y el Ensoph. En total, *once.*

La Cámara del Consejo Supremo del grado 33 del Rito Escocés, está iluminada por *once* luces: un candelabro de cinco brazos, a oriente; otro de tres, a occidente; otro de un brazo al norte; y un cuarto de dos brazos a mediodía. Aún puede hallarse el número *once* en la fecha 5312 (Era judía) —1312 de la Era Cristiana— año de la abolición de la Orden de los Templarios.

La «batería» (aplauso) del 33 grado se hace también por medio de *once* golpes: 5, seguidos; luego, 3, 1 y 2, que tienen el mismo significado que las once luces.

En estos dos símbolos, luces y batería, vemos reunidos los tres misterios fundamentales de la Masonería:

1.° El misterio de la *Orden abolida de los Templarios* que se oculta tras los grados inferiores de la sociedad secreta. Este es el año 1312 que clama venganza.

2.° El Misterio de la *Sinagoga extinta* oculta tras la sociedad secreta de la Masonería entera. Para ello, tenemos la era judía.

3.° El misterio del Ángel Caído, que se esconde tras los diez Sephiroth, es decir, la Trinidad divina y «los siete ángeles que se hallan siempre ante el trono de Dios» [1]. Aquí tenemos el número once:

¡Tres odios conjurados contra el Señor y su Cristo!

5.-La Kábala judía, base dogmática de la Masonería.

Las indicaciones citadas nos bastan para considerar justa nuestra hipótesis de que la Kábala judía es la base filosófica y la clave de la Masonería.

Tal descubrimiento nos ha inspirado la idea de este pequeño ensayo. ¿Servirá para abrir los ojos a los millares de masones no judíos que no ven la esclavitud a que les han reducido los Fariseos, los judíos de la Kábala, y en la que los mantienen cautivos con los misterios que nunca les revelan, ni aun en el mismo grado 33?

¿Veremos así el motivo de la sujeción de los pueblos cristianos y sus autoridades políticas a la dominación de los judíos?

6.-El paganismo incorporado a la Kábala judía.

Los kabalistas modernos no representan a la sinagoga ortodoxa ni a la verdadera doctrina de Moisés, inspirada por Dios mismo, sino al paganismo de que fueron poseídos algunos judíos sectarios cuando la cautividad de Babilonia. Basta con estudiar la doctrina de la Kábala judía y compararla con las de los antiguos pueblos civilizados, indios, persas, griegos, babilonios, asirios, egipcios y otros, para tener la seguridad de que en todas ellas está presente la misma idea panteísta de emanación. En todas ellas se encuentra cierto principio eterno del que emana una primera trinidad, de la que procede todo el universo, pero, no por creación, sino por emanación sustancial.

(1) Apocalipsis: I, v. 4. Tobías: XII, v. 15.

Nos vemos, pues, forzados a admitir que existe entre la filosofía Kabalística y el paganismo antiguo una relación difícil de explicar sino es a través de la inspiración de un mismo autor: el enemigo del género humano, el Espíritu de la mentira.

7.-Satán en el paganismo.

En el curso de este pequeño ensayo haremos destacar la habilidad con que este inspirador de las antiguas doctrinas paganas ha conseguido separar, en principio, la idea de las tres personas divinas, conocidas en la antigüedad con más o menos precisión, de la idea de su sustancia común y espiritual, representándolas como emanadas en un tiempo más o menos remoto de esta sustancia común. Veremos luego como ha buscado el medio de introducirse él mismo en la Trinidad, suplantando bien a la primera, bien a la tercera persona, a fin de obtener de uno u otro modo la adoración de los hombres, que reclamó diciendo:

«Subiré al cielo, pondré mi trono por encima de los astros de Dios, me sentaré sobre el monte de la Alianza, a los lados del aquilón; me situaré por encima de las nubes más elevadas, y seré semejante al Altísimo» [1].

Aquí se descubre la fuente envenenada de los errores y odios sobrenaturales que llenan el paganismo, tanto antiguo como moderno, igual que el alma de judío de la Kábala y del adepto a la Masonería, de una ira indescriptible contra Dios y los que creen en Él.

8.-Los judíos en la Orden abolida de los Templarios.

Al suplantar a una de las personas de la Santísima Trinidad, el Príncipe de las Tinieblas, usurpador de honores divinos, ha sabido ocultarse tras los antiguos misterios paganos, basado en el error panteísta, y por medio de los mismos ha llevado al hombre a una perversión inaudita y a una perfidia que no retrocede ante el espantoso intento de destronar a la Divina Majestad.

(1) Isaías: XIV, v, 13.

Este espíritu del mal, presidiendo los antros paganos, supo penetrar con su doctrina criminal en el espíritu de determinado sector del pueblo judío durante la cautividad de Babilonia. Ligado a sus nuevos adeptos, en todo lugar conocidos por su extraordinaria tenacidad, peculiar a la raza, ha revolucionado y sigue revolucionando al mundo. Si los fariseos no dudaron en crucificar a Cristo, menos aún han de dudar en perseguir a los cristianos, cuya fe, esencialmente espiritual, está en oposición a sus esperanzas temporales.

Pasemos en silencio el tiempo de los gnósticos y de las grandes persecuciones de los primeros siglos, en las que los judíos tuvieron un papel de máxima importancia, deteniéndonos en la Edad Media.

Los Templarios fueron corrompidos en Palestina. En sus reuniones secretas, renunciaban a Cristo y —como lógica conse-cuencia— se entregaban a la perversión.

No hemos de probar aquí lo que los Deschamps, Pachtler y otros han demostrado ya con pruebas irrefutables. La Orden abolida de los Templarios, en un principio, con sus doctrinas y prácticas, luego, por la acción de sus miembros dispersos, sirvió de punto de partida para lo que hoy se llama Masonería.

9.-Encadenamiento de los misterios y odios de la Masonería.

Los puntos citados nos pueden servir de introducción a este ensayo que pretende mostrar al lector, en primer término, la concatenación de los misteriosos odios concentrados en la Maso-nería por la continuación y cumplimiento de la obra del Anti-Cristo; «pues el misterio de iniquidad se opera ya» (1).

Si en verdad hemos conseguido poner el dedo en la llaga que corroe a la humanidad, pronto surgirán hombres competentes que se apresurarán a seguirnos y a completar lo que nosotros no podemos sino hacer aflorar.

Si nuestra obra se completase, resultaría en conjunto una Historia universal, un tratado de teología y filosofía y una expo-sición de la Magia Negra.

Si buscamos en la Historia, hallaremos en ella a la Masonería; si registramos en la Masonería, encontraremos la Orden extinta de los Templarios; si buscamos en dicha Orden, junta con la Masonería,

hallaremos la Sinagoga Kabalística; si investigamos en las tres juntas, veremos los antiguos misterios paganos, y, en fin, en el todo, veremos al propio Satán.

El Ángel Caído sedujo a los pueblos antiguos con sus doctrinas embusteras; el paganismo sedujo a los judíos, obstinados e hipócritas; el Judaísmo sedujo y corrompió a la Orden religiosa de los Templarios, y sigue engañando a la gran masa crédula de los masones.

El Judaísmo, que ha acaparado el poder civil de este mundo, hace una guerra sin tregua ni merced a la Iglesia de Jesucristo, y a todos los que se niegan a doblar la rodilla ante el becerro de oro.

La verdadera doctrina, la auténtica meta de la Masonería, es ceñir las sienes del Judaísmo con la diadema real y poner a sus pies el reino del mundo.

Alimentamos la esperanza de recobrar con esta obra alguno de los espíritus perdidos, pero no a la generación perversa que se oculta tras de los treinta y tres pliegues de los secretos masónicos, y aún más allá, pues no podría convencérsela por la razón, ya que sólo cede a la fuerza mayor. Probablemente, su derrota se deberá a la exasperación popular, o tal vez a la defección y disgusto de los mismos que ha conseguido subyugar y encadenar con juramentos ilícitos, que, por su superstición, estiman todavía honestos y válidos.

Podría parecer que el poder de los jefes de la Masonería está tocando a su fin, pero no terminará sino después de una tragedia inaudita en la Historia del mundo.

«Desenmascarar a la Masonería —dijo León XIII—, es ven-cerla» Si la desnudamos de sus velos, todo espíritu recto, todo corazón honrado se apartará de ella con horror; y por este solo hecho, caerá, anonadada y execrada por los mismos que la obedecen.

LIBRO PRIMERO

(1) Thesalonicenses; II. v, 7.

LA DOGMÁTICA MASÓNICA

CAPÍTULO PRIMERO

EL ENSOPH KABALÍSTICO

LA PRIMERA CAUSA MASÓNICA

1.-Los dogmas de la Masonería ocultos tras de sus insignias y emblemas.

Los dogmas de la Masonería son los de la Kábala judía, y en particular los de su libro «Zohar» (Luz).

Ello no consta en ningún documento masónico, pues es uno de los grandes secretos que los judíos guardan para sólo cono-cerlos ellos mismos. Sin embargo, hemos podido descubrirlo siguiendo los rastros del número *once*.

«Para impedir formalmente el conocimiento de sus misterios, la enseñanza de la doctrina masónica está velada en cada uno de sus 33 grados bajo tres insignias y siete emblemas conven-cionales» derivados de la invisible Autoridad Suprema de la Masonería como los tres Sephiroth superiores y los siete inferiores emanan del inescrutable Ensoph de la Kábala.

«Las insignias son:

«1.ª, el Delantal; 2.ª, el Cordón y 3.ª, la Alhaja.

«Los emblemas convencionales son:

«4.°, la Batería; 5.°, la Orden; 6.°, el Signo; 7.°, la Contraseña; 8.°, el Contacto; 9.°, la Palabra Sagrada y 10°, la Era Masónica; a los que se ha de añadir, en varios grados, la Marcha para entrar en el Taller» (1).

Es aquí donde hemos descubierto los dogmas fundamentales de la Kábala judía, incorporados a la Masonería.

2.-El Triángulo y los Tres Puntos, símbolo del Gran Arquitecto del Universo y del hombre.

Entre todos los emblemas masónicos, el más sobresaliente es el Triángulo, ya formado con líneas, ya con puntos.

Según la Masonería Kabalística, es un emblema de la Trinidad infinita y eterna, de la que el hombre es emanación finita y temporal.

Lo que un punto es a una línea, ya que ésta está compuesta por un número infinito de puntos, son tres puntos a un triángulo, si están dispuestos en tal forma. Los tres puntos representan una forma limitada o individual del Ser infinito, representando por el triángulo lineal.

Los puntos que los masones añaden a sus nombres son una profesión de fe; con ellos expresan un dogma esencial, —y, desde luego, totalmente erróneo— de su Orden; según el cual el hombre es una emanación individual de la Divinidad y, por lo tanto, divino en sí mismo, por lo que, implícitamente, la Masonería es una audaz deificación del hombre.

El famoso tocado triangular de los revolucionarios de 1789, adoptado por Napoleón, ¿no sería acaso un índice de esa doctrina? Hoy día, incluso, como todo el mundo sabe, al sombrero se le llama «triángulo» en el argot masónico.

(1) Paúl Rosen: *Satán*; p. 248.

Tal atributo hace surgir el problema de si el error de los anti-guos paganos, renovado en la Masonería, no supone un conocimiento de la verdadera Trinidad Divina, de la que serían contrafiguras las trinidades paganas y la Kabalística.

3.-Los libros sagrados de los judíos y su conocimiento de la Santísima Trinidad.

El más antiguo de todos los libros, el Pentateuco de Moisés, ya nos da asombrosas indicaciones de que la trinidad de personas en Dios era conocida desde los primeros tiempos.

En efecto, podemos leer en el Génesis que antes de crear al hombre dijo Dios: «*Hagamos* al hombre a imagen y semejanza *nuestra*» y que después de la caída de Adán y Eva, Dios volvió a decir: «He aquí que Adán se ha hecho como *uno de nosotros*».

No es posible imaginar que al hablar así Dios emplease el plural en la forma que lo hacen los príncipes, pues, aunque en ocasiones se nombra a la segunda y tercera personas honorí-ficamente en plural, en toda la antigüedad no hay un solo ejemplo de que una persona, al hablar de sí misma, haya hecho uso del plural. Tampoco cabe suponer que al hablar Dios en plural se dirigiese a los ángeles, pues el hombre no ha sido creado a imagen y semejanza de éstos. No queda pues, sino suponer que Dios, al hablar así, quiso revelar la pluralidad de personas en su Divinidad.

El capítulo décimo-octavo del Génesis, cuenta que «el Señor se apareció un día a Abraham en el valle de Mambré. Abraham levantó los ojos y aparecieron tres hombres cerca de él… Abra-ham se prosternó, y dijo: «Señor, si he hallado gracia a tus ojos, no abandones la casa de tu siervo». San Agustín, meditando sobre estas palabras, exclama [1]: «¡Ve tres, y no les dice *Señores,* sino *Señor,* porque, aun cuando la Trinidad esté formada por tres personas, no hay más que un solo Señor, Dios».

Añadamos a este testimonio las bellas palabras de Bossuet que destacan lúcidamente la divinidad de la Sabiduría, tan elogiada por Salomón y del Espíritu de Dios, mediante el que han hablado los profetas. En el misterio evangélico que nos enseña que Dios es Uno e indivisible, y a la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo «se nos proponen las profundidades incompren-sibles del Ser divino, la grandeza in-

efable de su unidad y las riquezas infinitas de esta naturaleza, más fecunda aún en el interior que en el exterior, capaces de comunicarse, sin división, a tres personas iguales. Así se nos explican los misterios que estaban envueltos y como sellados en las Antiguas Escrituras. Así entendemos el secreto de estas palabras: *Hagamos el hombre a nuestra imagen*; y la Trinidad, marcada en la creación del hombre, está expresamente declarada en su regeneración (por el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo). Aprendemos lo que es esta *Sabiduría concebida,* según Salomón, «antes de todos los tiempos», «en el seno del Señor»(1), Sabiduría que hace todas sus delicias, y por la que se rigen todas sus obras. Sabemos que ella es la que David ha visto, engendrada antes de la aurora». (2)

«Y el Nuevo Testamento nos enseña que el Verbo *(Memra* en hebreo) es la palabra interior de Dios, su pensamiento eterno, que siempre está en su seno, y mediante la cual se han hecho todas las cosas».

«Con ello respondemos a la misteriosa pregunta que se nos propone en los Proverbios «Decidme el nombre de Dios, y el nombre de su Hijo, si lo sabeis». (3)

«Pues sabemos que este nombre de Dios, tan misterioso y escondido, es el nombre de Padre, entendido en este sentido profundo, que le hace concebir en la eternidad; Padre de un Hijo igual a Él, y que el nombre de este Hijo, es el nombre de Verbo, verbo que engendra eternamente, contemplándose a sí mismo, que es la expresión perfecta de su verdad, de su imagen, su Hijo único, destello de su claridad y huella de su sustancia. (4)

«Con el Padre y el Hijo, conocemos también al *Espíritu Santo,* amor de uno y otro, y su coeterno. Es este Espíritu el que hace a los profetas, y está en ellos para descubrir los consejos de Dios y los secretos del porvenir, Espíritu del que se ha escrito: «El Señor y su Espíritu me han enviado» (5), que es distinto del señor y el Señor mismo, pues que Él envía a los profetas, y les descubre las cosas futuras.

«Este Espíritu que habla a los profetas y por los profetas, está unido al Padre y al Hijo, y con ellos interviene en la consagración del nuevo hombre. Así, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas, mostrado más obscuramente a nuestros padres, está

(1) *Contra Maximum;* III, c. XXVI.

claramente revelado en la Nueva Alianza.

«Instruídos de tan alto misterio, y asombrados de su profun-didad incomprensible, nos cubrimos el rostro ante Dios, con los serafines que vio Isaías, y adoramos con ellos a Aquél que es tres veces Santo». (1)

Los textos del Antiguo Testamento, tan elocuentemente expli-cados por Bossuet, lo mismo que por la unanimidad de los teólogos, prueban que el misterio de la Santísima Trinidad era conocido de los israelitas, no de forma clara y distinta, admitámoslo, pero sí lo bastante inteligible para los espíritus elevados.

Los versados en los libros antiguos de los judíos saben que se encuentran muy frecuentemente en ellos la mención de tres que se llamaban *Jehovah, Memra o Schekhina* (Verbo o habitación de Dios) y *Ruakh hakkadosch o Esch* (Espíritu Santo o Fuego) (2).

Se les llama los tres miembros, tres grados, tres subsistencias, tres rostros, tres terminaciones, tres personas. Estos escritores dicen que Memra, o Schekhina, emana de Jehovah, y Ruakh hakkadosch, de Jehovah por Memra.

Se conoce, en fin, la frase de los Kabalistas auténticos: «El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, tres en la unidad, y uno en la Trinidad». (3)

4.-La tradición general de los paganos y el conocimiento primitivo de la Santísima Trinidad.

Sin entrar en discusiones sobre la antigüedad del Rig-Veda, de los Gathas del Zend-Avesta, de las tabletas asirias, inscrip-ciones jeroglíficas y cuneiformes, etc., consideramos como históricamente indiscutible que las antiguas naciones que han perpetuado sus creencias religiosas no han podido recibir sus ideas en este aspecto ni de Moisés ni de ningún otro profeta judío posterior.

Todo tiende a demostrar que tanto gentiles como judíos, con excepción de los judíos ortodoxos, recibieron sus doctrinas religiosas de una

(1) *Prov.* XIII, 22.
(2) *Ps.* CIX, 3.
(3) *Prov.* XXX, 4.
(4) *Hebr.*, I, 3.
(5) *Isa*, XLVIII, 16.

misma fuente, y estas doctrinas han ido modifi-cándose gradualmente de acuerdo con el clima, costumbres, historia y características individuales de los países y sus habi-tantes, así como, ¿por qué hemos de durar?, bajo la influencia de los demonios.

Tal fuente común debe buscarse en el Arca de Noé, cuando aún el género humano no estaba dividido por la diversidad de lenguas, ni por su dispersión sobre la faz de la Tierra.

Esta es la única hipótesis que puede explicar la identidad de cierto número de verdades sobrenaturales que se hallan en pue-blos antiguos con nombres radicalmente opuestos.

La trinidad en la divinidad es un dogma primitivo del género humano, como demuestran los siguientes ejemplos:

Los indios del período védico adoraban a Varunna, Indra y Agni; los del período brahmánico a Brahma, Siva y Visnú.

Los persas adoraban a Ahura (Lo que existe), Mazda (La Sabiduría) y Atars (Fuego).

Los habitantes de Egipto a Ptah (masculino), Rah (femenino), y Har, llamados más tarde Isis, Osiris Horus.

Tebas a Ammon, Mut y Khons.

Los Asiro-babilonios a Bin (el firmamento), Samas (el sol) y Sin (la luna) así como a Assur, Bel y Hea (Cielo, tierra e infierno).

Los chinos a Tien (el cielo) Yang (masculino) e Yin (femenino).

Los fenicios a Bant, Kolpia y Mot.

Los germanos a Alfader, Wotan y Thor.

Los acadios a Anna, Hea y Mulga (Cielo, tierra e infierno).

Los romanos a Júpiter, Neptuno y Plutón.

Los griegos a Zeus, Poseidón y Efestos, etc. etc.

Naturalmente, no garantizamos la absoluta exactitud de esta enumeración, pues aún nos hallamos muy lejos de comprender enteramente las religiones antiguas.

Hay que hacer constar que la filología moderna, con sus grandes

---

(1) Bossuet; *Discurs sur I' Hist. univ.* v. II, c. XIX.
(2) *Deuteron.*, IV, 36.
(3) Jos. Hooke: *Tractatus de vera Religione;* V. Migne: Theol. Curs. compl., III, p. 369.

recursos, está casi por entero en manos de profesores remunerados por gobiernos masones, imbuídos, por conse-cuencia, de prejuicios anticristianos, que no les permiten consi-derar las figuras del Olimpo a la luz de la revelación primitiva aportada por Pentateuco. Pero no está lejano el día en que la fe en la revelación arrojará clara y abundante luz sobre el paganismo y cada ídolo tendrá su lugar bien determinado en la galería de contrafiguras de la verdad. Vamos a tratar, con todo, de ofrecer ahora un ejemplo, hablando en particular de la religión de Zoroastro, que tiene para nosotros el mérito de haber conservado la tradición original con mayor pureza que las otras religiones. Precisamente fue al contacto con esta religión como nació la Kábala judía en Babilonia. [1]

5.-Los libros sagrados de los antiguos persas y el conocimiento de la Santísima Trinidad.

Hemos nombrado como Trinidad persa a Ahura, Mazda y Atars.

Ordinariamente, se cita a Ormazd y Ahriam como a los dioses bueno y malo de los persas de la antigüedad. Esto es un error maniqueo. Los persas reconocían y adoraban a Ormazd como único Dios, mientras que entre los persas modernos, que hoy día subsisten en Bombay, Ahhriman es temido y detestado como Satán.

El nombre antiguo de Ormazd es Ahura Mazda. El primero de estos términos corresponde al sánscrito Assura, y, según su raíz, «as» (ser), significa el Ser, por excelencia, *Lo que existe*, Mazda, significa «La gran Sabiduría».

Estos nombres pueden hallarse en los *Gathas* (himnos) más antiguos, casi siempre separados uno del otro, invocados por separado. Unas veces va Ahura delante de Mazda, y otras detrás, y, lo que es más curioso, en ocasiones se les nombra en forma dual, en lugar de singular o plural [2]. «Vao», es el dual del pronombre de segunda persona, en el caso oblícuo. Por todo ello, resulta evidente que Ahura y Mazda eran considerados en la antigüedad como dos personas distintas.

Ahura, corresponde al Assura de los indios, al Padre del cielo, y